



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas

(Felisa Lazaro.)



Canto todos los días  
y en el público gano simpatías,  
y así, con pasos firmes y seguros,  
voy... caminito de los veinte duros.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Ah!., por Eduardo de Palacio.—La más sazonada holganza, por Ángel R. Chaves.—El caballero de la mesa redonda, por Clarín.—Antes del estreno, por Eduardo Bastillo.—El vicio de fumar, por Juan Pérez Zúñiga.—Más gentel, por Sinesio Delgado.—Los orfeones, por Eduardo Montero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Felisa Lázaro).—Los dioses se mudan.—El arte teatral (seis viñetas).—El caballero de la mesa redonda (cuatro viñetas).—España cómica (Coruña), por Cilla.



# DE TODO UN POCO

(RECUERDOS DE MONDARIZ)

Se acostumbra uno á la vida plácida del agüista y después ya no se encuentra á gusto en ninguna parte.

Hace diez días que abandoné á Mondariz y la nostalgia me devora. He regresado á Figueira; véome rodeado de seres cariñosos,

de portugueses sencillos, de extremeños dulces; las músicas de la localidad amenizan mis ocios, tocando todos los días frente á los Casinos; el mar me envía sus frescas emanaciones... y, *sin embargo*, siento la nostalgia de Mondariz.

Aquellas aguas bicarbonatado-sódicas; aquel jardín ameno do se deslizaban veloces las horas de mi exjuventud; aquella sociedad culta; aquel esmero en el servicio de la fonda de Peñador; aquel D. Silvestre, diabético sacarino, que nos refería con riqueza de detalles cómo le empezó el padecimiento y cómo se le iba acabando, á fuerza de beber agua salutifera al pie del manantial...

En Figueira hay este año más gente que nunca; el Casino Peninsular nos proporciona distracciones sin cuento; la temperatura que aquí reina es suave; vamos á tener toros; está á punto de llegar la compañía ecuestre de Enrique Díaz; se ha ido la familia Vegeto, de Cabeza del Buey, que nos «laceraba» el alma, pues se componía de cinco individuos, y el que no era cojo tenía un grano en el pescuezo; vivimos, en fin, en el mejor de los mundos... y, *sin embargo*, el recuerdo de Mondariz no se separa un solo instante de nuestra imaginación.

Llega uno á Mondariz bajo la influencia de una gastralgia horrorosa, y todo lo ve negro, como le sucedía á Redaño, el exfiscal de lo contencioso, hombre de genio irascible, pesimista, triste, solterón, con tres infartos en el hígado y un ojo de gallo entre el dedo chiquitín y el otro del pie siniestro.

El primer día, Redaño le tiró una bota al camarero por un quitame allá esa palmatoria; al otro día tomó los tres vasos de agua milagrosa prescritos por el doctor, y pudo notar que la calma acudía á su pecho. Ya no se indignaba como antes por cualquier bagatela; ya no le escocía el hígado; ya no le hacía daño la bota del pie izquierdo; ya no miraba con ojos de besugo irritado á la humanidad entera; ya pensaba, con sonrisa inefable, en los tiernos goces del matrimonio... y acabó por solicitar la mano de una señora viuda de Ciudad Rodrigo, fea sí, pero gruesa.

Las aguas de Mondariz realizan verdaderos milagros.

Yo he conocido en el hotel del establecimiento á un joven espiritual víctima del flato. El joven no comía, ni fumaba; no hacía más que toser, con esa tos seca de las traviatas y de los serenos de comercio.

—Yo vengo aquí á morirme—dijo el joven al doctor.—Quiero exhalar mi último aliento en este verjel, á orillas del caudaloso Tea.

—¡Quién piensa en morirse!—replicó el doctor.

—Es inútil que usted se opongá—insistió el joven.—Yo moriré cantando como el cisne.

—Tome usted tres vasitos por la mañana, tres á mediodía y tres por la tarde.

—¡Para qué! ¿Qué es la vida! ¡Eterna lucha en la que, al fin, sucumben los corazones mejor templados! ¿Qué es el mundo? ¡Una ilusión!...

—Basta; tome usted los nueve vasos y déjese de poetas.

El joven, que además de su macilencia natural se llamaba Oswaldo, llamó al jefe del comedor para decirle:

—Yo me alimento de gases, puede decirse... Un caldo ligerísimo y una sutil espuma de leche de cabra... hé aquí mi comida.

El jefe bajó la cabeza, en señal de asentimiento, y dió las órdenes oportunas para que fuese cumplida la voluntad del huésped fiaco.

Sentóse éste á la mesa, después de haber bebido el agua salutifera... El olorcillo de la sopa se le introdujo por las ventanas de la nariz y le hizo cosquillas en la pared divisoria de ambas ventanas.

—¡Oh, qué sopa tan rica!—dijo Oswaldo para sí.—¡Qué bien huele!

Y se tomó un plato y después otro, y no tomó más porque había clavado en él sus ojos una agüista muy guapa, y Oswaldo tuvo vergüenza.

Tras la sopa vino un plato excelente: pechugas de ave con *champignon*. Oswaldo hubo de oler las pechugas y lanzó un suspiro.

—¡No toma usted!—preguntóle un huésped.

—¡Tomar yo! Yo no como; yo estoy condenado á muerte por inanición; ¡El flato me devora!

—Hombre, no sea usted ganso—replicó el huésped, que era manchego.

Y puso en el plato del joven hasta cuatro pechugas.

Oswaldo las miró; después, acercándolas á la nariz, hizo un gesto de complacencia y acabó por comérselas todas.

Cuando terminó la comida, Oswaldo pudo advertir, con asombro suyo y de los demás comensales, que había comido como un buitre, tanto que una señora colateral tuvo que decirle con buenos modos:

—Caballero, hágame usted el favor de fijarse en lo que come.

—¡Por qué lo dice usted!—preguntó Oswaldo.

—Porque me ha comido usted mi panecillo y una caja de píldoras que había dejado aquí, junto á la copa.

Oswaldo, el inapetente, el espíritu puro, salió de Mondariz con cinco kilos más de peso; y no sólo comía de todo en la mesa redonda, sino que una noche se lo encontraron los dependientes metido en la despensa y *avredado* con un jamón...

¡Oh, Mondariz! Quien no te conozca, que te visite.

Luis Taboada.

¡Ah!...

No se me olvidará: te vi en la playa, cabe San Sebastián; estaba yo en la Coacha, meditando, con mucha gente más, cuando tú, disfrazada de *pierrette*—dicho sea en francés del *boulevard*, de pronto apareciste en las espumas, apoyada en mamá, como Venus de Tal y compañía, según cuenta la crónica vulgar. — ¡Qué silueta!—exclamaba un caballero. — ¡Preciosa! ¡escultural! — Parece la mamá de las sardinas! — ¡Y vaya un par de pies! ¡No se caerá! Puede dormir en caña como un loro. — Es de mojama ó salchichón de mar. Repartí diez tarjetas, indignado, entre aquella caterva lenguaraz, y un repartí más por no tenerlas, que si tengo, no queda allí un *barbido* á quien no se la entregue en propia mano: desafío al país por circular. ¡Lo que puede el amor cuando nos guía! Cualquiera barbaridad hacemos si él lo manda. Tú imagina lo que hizo tu papá

cuánndose con... vamos, con tu madre,  
que es, y perdona, una asquerosidad.  
Gracias á que ninguno me hizo caso,  
exceptó un alemán  
que me dió una patada en un *vacido*  
que logró enternecerme hasta llorar.  
Cuánto yo te he querido, bien lo sabes;  
he sido «más que un perro» en lo leal;  
para el mundo un león; para ti sola  
un palomo torcaz.  
Ya sabes que he pensado hasta en casarme  
y en sucesión legal,  
y en muchísimos cuadros de la vida  
dichosa, de la calma del hogar...  
Y cuanto más lo pienso, me parece...  
mayor barbaridad.

Eduardo de Palacio.

## LA MÁS SAZONADA BOLGURA

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

De aquella fiesta de toros  
que se dió ayer en la plaza  
más grande que hay en la corte  
del mayor de los monarcas  
me pides que te relate  
las portentosas hazañas  
que hizo ante los fieros brutos  
de la nobleza la nata,  
y casi por excusarme  
estoy de empresa tan ardua,  
que aunque ni yo salí al coso  
ni quebré rejón ni caña,  
mal que pese á mi modestia,  
bien es que saber te haga  
que no encontré caballero  
que me excediera en pujanza.  
Y no es, por Dios, que los toros,  
haciendo honor al Jarama,  
no fueran cornudos rayos  
ni vendáviles con astas;  
ni menos que en los empeños  
fauzeta alguna mostraran  
los que de arrostrar peligros  
hicieron derroche y gala.  
Es que las fiestas de toros  
son aquí más arriesgadas  
que para el que hace las suertes  
para el que osa presenciarlas.  
Por asistir al encierro  
me salí tan de mañana  
que ni mozas del vedrío  
por las calles transitaban,  
y sin embargo, tres pajes  
me hallé de otras tantas damas,  
pidiéndome con apremio  
para la tarde ventana.  
Á los cuales, según uso,  
ya que no di ni esperanzas,  
por ser de los que se alquilan,  
tuve que pagar la manda.  
Á misa entré al Buen Suceso;  
bien malo allí me aguardaba,  
que antes que tuviera tiempo  
de dar un paso hacia el ara,  
mi sa doña Serafina,  
medrosica y azorada,  
llamándome á un sitio oscuro,  
toda suspiros y lágrimas,  
con no sé cuántas historias  
de una joya hipotecada  
y un primo á que dando fuero  
de consejero de Italia,  
me dijo que la ofrecía  
para aquella tarde almohada,  
me sacó con cuatro doblas  
cuatro pedazos del alma.  
De allí, por ver el acoso  
con garrochón, á una casa  
me dirigí en que un amigo  
tiene balcón á la plaza.  
Mas ¡ay! que aunque apenas pude  
ver suerte buena ni mala,  
por entre una abrupta sierra  
de guardainfantes y sayas,  
después toda la familia  
dió en pedirme con tal rabia,  
los niños para confites,  
para aloja una cuñada,  
para hipocrés el marido,  
la mujer para unas cajas  
de *duc*, y hasta cinco cuartos

para un listón una esclava,  
que, tomando la escalera  
cual perro á que ponen maza  
salíme de allí gritando  
con voz desabrida y agria:  
«Si place ver á las reses  
fenezer desjarretadas,  
por ver morir á mi bolsa,  
¡por qué no alquilan ventanas!»  
¡Y la tarde! ¡Brava tarde!  
Tres horas me costó largas  
el conseguir que un logrero  
por quince reales de plata  
ocúlala para un andamio  
el muy ladrón me endosara,  
jurando por su fe sombra  
lo que no aguantan chicharras.

Allí, por tener buen puesto,  
antes de la una estaba,  
aún ayuno y recluido  
como en prisión en las haldas  
de una pretérita aña,  
doncella bajo palabra,  
que ocultando con aceites  
años, arrugas y lacras,  
sus dudosas castidades  
encomendaba á la guarda  
de una tía más hechiza  
que la color de su cara.  
Yo, que por matar el tiempo  
y el hambre que me acosaba  
un no mal pastel de corzo  
me saqué de entre la capa,  
muy cortés, nunca la fuera,  
convidé con la vianda  
á mis vecinas, y aunque ellas  
juraban y perjuraban  
que ni una ni otra en su vida  
tomaron fuera de casa,  
viniera de quien viniera,  
ni siquiera un vidrio de agua,  
por no ofenderme, dijeron,  
vueltos los dedos tenazas,  
antes de abrir yo la boca  
no dejaron ni migaja.  
Y aun no hubiera sido malo  
si aquí el negocio parara,  
Lo peor fué que aun pidiendo  
algo de beber estaban,  
cuando, atropellando gente  
con real ó fingida rabia,  
desde el alto del andamio  
y puesta mano á la daga  
hasta mí se llegó un hombre  
bravoneí hasta las cachas,  
de los de «ténngase afuera»  
y «encomiende á Dios el alma».

que por si daba martelo  
ó de dárselo dejaba  
á dama que estando él vivo  
ni el sol acercarse osara,  
dijome tales razones  
que yo, perdida la calma,  
echando á volar la negra,  
le tiré dos tarascadas.  
Al ver tal, sobrina y tía  
sobre mi airadas se lanzan,  
y mientras, á cual más puede,  
una muerde y otra araña,  
al grito de «¡ay! ¡ay! ¡ay!»  
dos corchetes, de la plaza  
al comenzar el festejo  
á puro empellón me sacan.  
Y aun debo á mi buena suerte  
que aunque mi bolsa, ya flaca,  
á mis pecadoras manos  
debió pasar en la zambra,  
merced á cierta cadena  
y á un relicario de plata,  
en vez de á lugar más duro,  
me dejaron ir á casa.  
Por eso, aunque luego supe  
que fueron quebrando lanzas  
en la cerviz de los toros  
prodigio el de Camarasa,  
los dos Trejos, Gallo, Cea,  
Ureña, Arguijo, Velada,  
el portugués Vasconcellos,  
Bonifas y Cantillana,  
puedo decir que en la fiesta  
que presencié ayer la plaza  
más grande que hay en la corte  
del mayor de los monarcas  
no hubo caballero alguno  
que me sacara ventaja,  
si no en arrostrar peligros,  
en afrontar la desgracia.

Ángel R. Chauvo.

## LOS DIOSES SE MUDAN



—Pero ¿dónde me lleváis ahora?  
—Ahí un poco más arriba, enfrente de la calle.  
—¡Claro! para que luego llegue el invierno y me parta un aire colado.

# El arte teatral,

SEGÚN LO ENTIENDEN ALGUNAS NIÑAS CÁNDIDAS



Se presenta una al empresario con una carta de recomendación de un autor de la casa.



Á los ocho dias ya va una al ensayo con un poquito más de desahogo y con una ropa menos modesta...



El maestro la prueba á una la voz por pura fórmula.



Á los quince dias se puede cantar una romancita de cualquier manera, luciendo un traje caprichoso... de propiedad de la debutante.



Aquella misma noche se sale á perder el miedo ante la fiera.



Y al mes ya no tiene una para qué acordarse en su vida del escenario.



## EL CABALLERO DE LA MESA REDONDA.

I

Ya hacia frio en Termas-altas; se echaba de menos la ropa de invierno y las habitaciones preparadas para defendernos de los constipados y pulmonías; el comedor, largo y ancho como una catedral, de paredes desnudas pintadas de colores alegres que hacían estornudar por su frescura, tomaba aires de mercado cubierto.

Se bajaba á almorzar y á comer, con abrigo; las señoras se envolvían en sus chales y mantones; á cada momento se oía una voz imperativa que gritaba:

—¡Cierre usted esa puerta!

Los pocos comensales se apiñaban á la cabecera de la mesa del centro, lejos de la entrada [temible. Detrás de la puerta de



cristales que comunicaba con el vestíbulo de jaspes de colores, del país, se veía, como en un escaparate, la figura lánguida

del músico piamontés, de larga melena y levita raída, que paseaba unos dedos flacos y sucios por las cuerdas del arpa. Las tristes notas se ahogaban entre el estrépito del viento y de la lluvia, que azotaba de vez en cuando los vidrios de las ventanas, largas y estrechas.

Diez ó doce huéspedes, últimas golondrinas valetudinarias de aquel verano triste de casa de baños, almorzaban taciturnos, apiñándose, como buscando calor unos en otros. Al empezar el almuerzo sólo se hablaba de tarde en tarde para reclamar con voz imperiosa cualquier pormenor del servicio. Los camareros, con los cuales ya se tenía bastante confianza para reprenderles las faltas, sufrían el mal humor de los huéspedes de la *otoñada*, como ellos decían. Se acercaba el día de las grandes propinas, y esto contribuía al mal talante de los bañistas, á darles audacia y tono de déspotas, y también á la paciencia de los criados.

Allí no se le tomaba á mal á nadie sus malos modos, sus quejas importunas; se contaba con ellos; era una ley natural; fondistas y camareros venían observando cómo se cumplía todos los años al fin de la temporada. Además, también aquellos arranques de misantropía se ponían en la cuenta, aunque disimuladamente. El dueño de las Termas-altas vivía con sus rentas, es decir, con sus bañistas. Presidía la mesa; oía las murmuraciones de los enfermos sin turbarse, sin... oírlos, en rigor; ni él las tomaba á mal ni los pupilos se recataban para desahogar en su presencia. Era un pacto tácito: que ellos descargasen la bilis de aquel modo y que él no les hiciera caso. Ni se emprendían las reformas que se pedían ni se coartaba el derecho de reclamarlas.

Decir que aquello estaba perdido, que la casa amenazaba ruina, que el viento entraba por todas partes, que el agua mineral ya no estaba caliente siquiera, ni tibia; que en aquel país llovía demasiado en otoño, tal vez por culpa del Sr. Campeche (el dueño de los baños), era lo que constituía los lugares comunes de la conversación. Algunas veces el mismo Sr. Campeche se descuidaba, y no sabiendo de qué hablarle á un forastero, le decía de corrido, como quien repite una lección de memoria: Pero ¡ha visto usted qué clima más endemoniado! ¡Siempre lloviendo! ¡Cómo se aburre uno aquí!

Nadie diría que aquellas eran las mismas Termas-altas que se abrían por primavera al público. En Mayo llegaba el señor Campeche rozagante, alegre, silbando y azotándose el vientre ampuloso con el puño de marfil de su junquillo; apeábase de su cochecillo de dos ruedas pintado de amarillo, reluciente; daba un vistazo á los baños, á la fonda, á los jardines, ya llenos de pájaros locos de alegría, los primeros huéspedes; y tentándose el bolsillo, se decidía á emprender lo que él llamaba *mejoras* enfáticamente.

Las mejoras se reducían á dar una mano de cal á todo el edificio, y á pintar los frisos azules de verde, ó los verdes de azul; también solía arreglar los grifos de los baños si estaban completamente destrozados, tapar alguna grieta, remendar tal cual pila de mármol falso; y para colmo de mejoras, blanqueaba el hospital de pobres viejos, que ostentaba en la miserable portada un presuntuosísimo letrero que decía, en griego, con letras gordas coloradas: «Gerontocomía.» Aquella palabreja solía aparecer en las pesadillas de los enfermos que acudían á Termas-altas.

Las primeras bromas de los bañistas noveles se referían siempre al rótulo griego; la mayor parte se marchaban sin saber lo que significaba. El mismo Campeche no estaba seguro de que aquélla tuviera traducción posible. A una señora que acudía á las Termas desde treinta años atrás la llamaban doña Gerontocomía.

Además, había mucho lavoteo y mucho limpiar muebles y poner lo de allí aquí y revolverlo todo. Cuando llegaban los primeros bañistas, ya se sabía, todo lo encontraban cambiado de arriba abajo. Obreros y criadas iban y venían; no podía uno arrimarse á ninguna pared ni puerta, porque todas untaban, y el ruido de los martillos y sierras atronaba la casa; oía todo á aguarrás; el piso, de pino estrecho, siempre estaba encharcado ó lleno de arena, porque en lo de fregar y dejarlo todo como un sol Campeche era inexorable.

—Mucho ruido y pocas nueces, decía D.<sup>a</sup> Gerontocomía, le-



vantando un poco las enaguas y saltando de charco en charco por las siempre húmedas galerías.

Lo cierto es que Campeche, á pesar de todo aquel aparato reformista, que tanto estrépito y desconcierto producía, gastaba muy poco cada año en mejorar su finca, que, según los huéspedes de otoño, era una ruina.

Siempre lo mismo: los parroquianos de primavera, alegres, aturdidos, optimistas, encontraban aquello flamante; era el mejor establecimiento balneario de *España y del extranjero*; y las aguas? el que no sanara sería bien descontentadizo.

Y el Sr. Campeche, ¡qué fino! ¡qué atento! ¡qué celoso defensor de la fama de sus Termas! Ello era verdad que las obras, las mejoras, molestaban bastante; que no dejaban dormir en paz la mañana ni la siesta, ni andar en zapatillas por la casa; pero, en fin, se veía vida, animación, alegría, pruebas de prosperidad, movimiento simpático.

Señores, —decía Campeche, sonriendo y encogiendo los hombros, hundidos al parecer, bajo el peso de tanta responsabilidad;—perdonen ustedes; este año se han retrasado mucho las obras... ya lo sé; ¡ha habido tanto que hacer! Desde Enero estamos dale que le darás. Sobre todo, la nueva cruzía del Hospital de pobres viejos...

Lo gracioso estaba en que los mismos á quienes engañaba por la primavera el Sr. Campeche, ó que se dejaban engañar, eran, en parte, los que en otoño desacreditaban á gritos el establecimiento y hablaban de su próxima venida en las mismas barbas del propietario. Este convencionalismo ya no lo extrañaba nadie, era universalmente admitido. Cuando se

iba en la primera temporada todo estaba bien; cuando se iba en la *otoñada* todo estaba mal.

En primavera, y parte del verano también, los bañistas daban y recibían bromas perpetuas. Podía haber aguas mejores que aquéllas desde el aspecto hidroterápico, pero baños más famosos por las grandes chanzas permitidas, nos los había. Como no todos los humanos tienen las mismas pulgas, sea en primavera ó en invierno, más de una vez y más de dos hubo allí desafíos, que jamás llegaron á un funesto desenlace; y más de diez veces por temporada había bofetadas, ó por lo menos insultos atroces.

Pero lo regular era que se tolerasen las bromas y que se desenvolvieran con creces. Se notaba que los jóvenes, que durante todo el invierno, en la vecina capital, se distinguían por lo taciturnos, retraídos y nada despiertos, eran precisamente los que en Termas-altas sacaban más los pies del plato y tenían ocurrencias más peregrinas y hacían las mayores atrocidades, palabra *técnica*, que significaba tanto como dar en el *hilo*.



Famoso era, en tal concepto, hacia muchos años, un joven enfermo del hígado, de color de cordobán, que en la ciudad no hablaba con nadie.

Clarín.

(Se continuará.)



## ANTES DEL ESTRENO

Presa estabas en la cárcel porque un preso dió en cantar; no sé si cantó mentira ó si cantó la verdad.

Tú vas á cantar ahora, y en público cantarás; y eso es cambio de prisiones, no es ganar la libertad.

Por fianza fuiste libre y ella te encadenará, que á buenos jueces te entrega tu misma celebridad.

Cárcel son los bastidores que á muchas hizo llorar; tú entras en ellos riendo; sabe Dios cómo saldrás.

Incomunicada fuiste por un auto judicial, y hoy hay quien te comunica en grande comunidad.

Sola ayer y hoy *entre todos*; ayer ante un juez legal, y hoy ante un juez *de capricho* que es linda legalidad.

Código aquel juez tenía para poderte juzgar, y éste no tiene más código que su santa voluntad.

Para él juzgarte, la toga y el birrete están de más, y las leyes del buen gusto tal vez se echen á rodar.

Juececito es novelero y esto te importa quizás, porque al fin en el teatro eres la gran novedad.

En la multitud curiosa no ha de faltarte fiscal; ni tampoco *atabarderos*, muy malos jueces... *de paz*.

Y eso en el *debut*, contando que eres *flamenca* hasta allí, y que en las tablas *te arrancas* con pataditas de andaz.

Después... cambia de bisiesto el voluble tribunal, si se le ofrece un Lumbreras que le llega á deslumbrar.

Muchas estrellas pasaron por donde tú entrando estás; breve fué su *plenitunio* y rápido su *menguar*;

Tu santa Rita te valga, que ella imposibles hará, cuando sales de prisiones sin ganar la libertad.

Eduardo Bustillo.

## El vicio de fumar.

Antiguamente los chicos no encendían un cigarro delante de los autores de sus días... y sus años. ¿Fumar delante del padre? ¡Qué espantoso desacato! ¿Empañar el filial beso con el olor del tabaco? ¡Qué delito más horrible! En secreto, pues, fumábamos aunque ya fuésemos hombres, con más barbas que San Pablo. Hoy los tiempos ya son otros. ¿Quién dada que progresamos? Hoy cualquier padre que saca de la petaca cigarros los reparte con sus niños, y sin pizca de reparo la familia chupadora inunda de humo el espacio. Y vemos todos los días caballeros de seis años, conducidos á la escuela por su chacha, de la mano, que, después de que en las planas han hecho sus garrapatos

y han dado lección de Fleuri y han puesto á las moscas rabos, con el cigarro en la boca van por la calle tan anchos. ¿Pues y mañana? Mañana, si seguimos á este paso, en el momento que un chico salga del materno claustro, dirá al comadrón experto que esté dirigiendo el parto: —Va usté á dejarme, doctor, el ombligo bien atado; mas primero, si usted quiere, vamos á echar un cigarro. — ¡Bien! (dirá el facultativo). Toma y chupa, es del estanco. Y el recién nacido entonces le dirá al médico: —Guárdelo, que en lugar de panecillo traigo debajo del brazo una petaca repleta de buenos paros habanos. —Pero ¿has encendido alguno? —Sí, señor; lo menos cuatro. — ¡Toma! ¡Por eso tu madre solía quejarse tanto!

Juan Pérez Zúñiga.

ESPAÑA CÓMICA.



Un Andarivo del Ferrol

EN EL MUELLE DEL FERROL.



Un rapaz y una moza que habitaron después la misma choza.

A BORDO DEL 'HÉRCULES'.



—Soy para general  
—No, señorita, soy para fráter.



El capitán.

El capitán.



Vendición de gala en el Campo de la Leña



A la romería, á bailar como un descaído



Ya no sé cuantos mejores, y los he visto hasta allí



De la romería.

Una moza fregada la memoria que hace pensar á un sacho... y á cualquier.

¡Más gente!

Del castillo de proa á la bodega, revueltos, confundidos, hacinados, la nación empacquetada sus soldados y á la implacable muerte los entrega.

En pelea salvaje, ruda y ciega los batallones quedarán diezmados y detrás irán otros, preparados á sucumbir también en la refriega.

¡Reclaman nuestras glorias militares abundante ración de carne humana! Más hombres, ¡muchos más!, cientos, ¡millares!

Una remesa ayer, otra mañana... Y el país se desangra en lucha incierta ¡y el monstruo sigue con la boca abierta!

Sinesio Delgado

Los orfeones.

No sé yo si Clavé fue quien el orfeón creó; pero si ha sido Clavé, que conste que nos clavó. Salvo algunos muy brillantes que hay en varias poblaciones, ¡caballeros! ¡qué cargantes resultan los orfeones! ¡No merecen una grito algunos que siempre están con eso de Pe... Pepita... y lo otro del Rataplán! ¡No resultan infernales, espantosas, insufribles algunas masas corales, pólpos indestructibles! ¡Hay en ellos cada atún! Que los piten no es extraño, si lo es que manden algún corista del coro... al caño.

Algunos cantan rugiendo de una manera bestial... ¡Parece que están vendiendo *El Día y El Imparcial!* A uno escuché que mugía; ¡qué tenor! ¡era un Gayarre! Cuando calló, alguien decía ¡hurra! Y yo gritaba ¡jarre! Orfeones con vocerones que merecen diez meneos, llámense en vez de orfeones «or-terriblemente fieros». Cuando cantan de esos modos ganas dan, aunque se espanten, de gritar: «¡Que bailen todos! pero ¡por Dios! ¡que no canten!» Cantando con armonía mucho un orfeón recrea; pero la orfeomanía es una manía fea,

pues que por ella se mete en pentágramas y en notas y en claves cualquier zoquete que pueda pagar las cuotas; por ella, sin miramiento, al pobre arte se acribilla con crueldad y ensañamiento por la noche y en cuadrilla; y por ella, en fin, se aguanta al barítono más bruto, y hay cada tenor que canta el credo... y no el de *Polinto*. Hay bajos que es un trabajo oírlos; causan horror. ¡Deberían cantar muy bajo! ¡cuanto más bajo, mejor! ¡Qué cuerdas suelen oírse! ¡Hay cuerda de bajos de esos que debiera convertirse en una cuerda... de presos! Coros que hay de los mejores, con buenas voces de veras,

compuestos de pescadores, de albañiles y de horteras, parecen al ser oídos, y de la verdad no salgo, coros de ángeles... caídos que se han fracturado algo. Yo no niego que convenga crear nuevos orfeones, y que en ellos quien los tenga cultive sus aficiones. Sería muy conveniente que á todo dios le gu-tara la música, que á la gente dulcifica... ó azucara. Pero, aunque el gusto respeto, tanto orfeón desespera, porque cualquier día meto la cuchara en la sopera, y en lugar del macarrón, á que soy aficionado, voy y saco ¡un orfeón cantando á grito pelado!

Eduardo Montero.

CHISMES Y CUENTOS.

Dirán ustedes que me pongo un poco pesado con lo de la indemnización Mora.

Pero más pesada es ella de por sí. Y puesto que, sin querer, la hemos de pagar entre todos, estoy en mi derecho al protestar de la parte de *primada* involuntaria que me toque.

Es el caso que, acordado por el Consejo de ministros (Dios nos lo conserve) que era cuestión de dignidad nacional pagar los siete millones y medio de pesetas inmediatamente, cuando todo el mundo opinaba que la dignidad nacional nos exigía precisamente no pagarlos nunca; acordado eso, repito, salimos luego con que los Estados Unidos venían con nuevas exigencias.

La primera, que el pago había de hacerse en oro, fué atendida al momento, porque, gracias á Dios, el oro lo tenemos aquí á patadas; la segunda, que habían de satisfacerse intereses de toda la cantidad desde 1886, en que fué aceptada la reclamación, parece que ha dado ocasión á dimes y diretes, accediendo al fin el Gobierno yankee á perdonarnos ese pico, con tal que el millón y medio de pesos se entregue de una sola vez, y no en tres plazos, como se había acordado antes.

Y todavía hay periódicos que felicitan al Gobierno—¡al nuestro, no a yankee!—por esto, que llaman ellos triunfo de nuestra diplomacia.  
¡Rediós con la diplomacia!

Por supuesto que hace tres siglos podía habernos venido una nación cualquiera con chinchorrerías semejantes.

—¿Conque indemnización, eh? ¿Y en oro? ¡Caramba! ¡Cuánto sentimos no tener oro á mano! Pero estamos dispuestos á pagarla inmediatamente en plomo ó en hierro. ¿Hace?

¡Y puede que los reclamantes hubieran hecho ascos á las monedas!

¡Pásmense ustedes!... si pueden pásmarse con este calor de dos mil demonios; yo soy uno de los que leen con verdadera fruición las listas de los personajes que veranean. Día en que *La Correspondencia* no hace relación de los caballeros y señoras distinguidos que han salido por la estación del Norte... para mí es un día perdido completamente.

—Pero este año está sucediéndome una cosa. Y es que *no me suenan* los apellidos.

Por ejemplo, mi amigo Roure tuvo la bondad de darme el otro día, en letras de molde y todo, una larga lista de personas notables que están de veraneo en Zaldívar, y juro á Dios que en mi vida había oído nombrar á ninguna.

¿Es desgracia la mía ó no?

Leo en un telegrama de San Sebastián:  
«Reina gran escasez de noticias.»

¡Hombre! me gusta esa manera sonora y elegante de decir que no se sabe nada.

Y me están dando ganas de telegrafiar á un periódico de provincias:  
«Rige la carencia de distracciones.»

Ó mejor:  
«Preside la falta de fresco.»

Me ha llenado de asombro una noticia que he leído no recuerdo dónde: Que López Silva *está pasando el verano* en el Escorial.

¡Infame! Y no sólo no me ha dicho nada, sino que ha dejado aquí una contrafigura de carne y hueso, con patillas y todo, para que tome café conmigo todas las noches.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Ronsal*.—¡Hola, amigo! ¿Otra vez usted? ¡Y tan zangandungo como siempre!

*Pecora*.—Tiene razón el amigo que dice que están mal. Como que á los dos últimos versos les sobran *sendas* sílabas.

*Rabiol*.—¿Á que no sabe usted lo que parece eso á primera vista? ¡Pamolina para los canarios!

*El Tiquita*.—Quiere ser sátira, pero se queda en pañales, es decir, en el estado de inocencia.

*Sacatapuntas*.—Y saca sílabas de donde no debe, con tirabuzón, por supuesto. ¡Dios le conceda á usted una enfermedad grave de los oídos, á ver si se le arreglan!

Sr. D. A. T.—En efecto, los cuentos baturros, y especialmente con las palabras típicas del país, se han *pasado* un poco.

Sr. D. M. P.—Está bien, pero no tiene mucha miga ni mucha gracia que digamos el asunto.

*Matz*.—¡Ciento veinte versos que no dicen nada!  
¡Lástima de tinta tan mal empleada!

*El que conta peteneras*.—¡Ira de Dios, y cómo pone la pluma el belloco! Se le figura que es una azada materialmente.

*Polvorilla*.—La idea es del año de la invasión goda. Y la ortografía... ¡ay! la ortografía es anterior. Porque *salvo* no se escribe así ya.

*Saucho*.—El final, como usted comprende, es una picardía muy grande. Y viejecita además. ¡Porque cuidado que se han hecho epigramitas con el retrucano!

*Un poeta necesitado*.—Pecan de vulgaridad manifiesta. Lo que quiere decir que... tardará usted mucho en encontrar medios de subsistencia por ese camino.

*Tornasol*.—La segunda, que es la que tiene algo de gracia, es fuerte como una guindilla.

*P. ter. B. que*.—No quisiera decirle á usted que *babieca* es consonante de *peteta*, y *estanque de instante*, porque... ¡y si luego voy al infierno por mentiroso!

Sr. D. S. P.—¡Á ella! ¡Vade retro!

*Un principiante*.—Que principia así:

«La blanca lar que asoma por oriente  
alumbra con seráfica sonrisa  
el valle umbroso la límpica corriente  
del arroyo que todo lo matisa.»

Lo cual es un comienzo demasiado límpico y demasiado matizado para lo que ahora se usa.

Sr. D. R. S.—¡Librenos Dios á todos de los rípios que pasan de la marca y de los celos que quieren ser consonantes de ellos! Porque en caso de no librarnos Dios, ¿quién nos librará?

*Hernán Pérez*.—Tampoco es posible utilizar el más leve gorjeo de esos.

Sr. D. L. U.—En algunas cosas, en pocas, tiene usted razón; pero cuando no se hace será porque no se puede.

Eso de suprimir la sección de *Correspondencia particular* no se le ocurre al diantre.

Sr. D. A. O.—Piense usted que si se abriera la mano en eso se llenaría el periódico de versos á la señorita Tal ó á la señorita Cual. ¡Y estaría bonito!

*Chupacharros*.—Pues es verdad; no sirven por candorosos.

*Cinife*.—¡Usted es de los mosquitos más fastidiosos!

Sr. D. J. M. M.—No hay inconveniente. Mande relación, importe y señas.

*P. Pito*.—Póngase usted la mano sobre el corazón y diga si le gusta esta manera de empezar un soneto:

«De su esposa é hijos se despide  
horando su ausencia filial  
y con paso firme se dirige  
decidido por la patria á pelear.»

Porque si le gusta á usted efectivamente... ¡es usted hombre al agua!

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPANÍA COLONIAL**  
TAPIOCA TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPOSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANEANARES

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.  
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera planta.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 19-20-21.